



Municipalidad de
PUCHUNCAVÍ



HISTORIAS Y VIVENCIAS EN MI COMUNA

HISTORIAS Y VIVENCIAS EN MI COMUNA

© 2022

Puchuncaví

Región de Valparaíso

Primera edición: 20 de agosto de 2022

Proyecto "Historias y vivencias en mi comuna":

Municipalidad de Puchuncaví

Universidad Tecnológica Metropolitana

Solo Turismo Chile

Coordinadores del Proyecto:

Carlos Manzo Vegas

Andrés Sarmiento Seguel

Revisión de relatos:

Karla Riddle S.

Relatos:

Ana Cabrera

Patricio Malschafsky B.

Anastacio Olmos B.

María Isabel Rojas B.

Mercedes González R.

Mónica Vegas

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	- 5 -
AGRADECIMIENTOS	- 7 -
VIVENCIAS DE AYER Y HOY	- 8 -
EL AMIGO JOAQUÍN, UN PERSONAJE DE MAITENCILLO	- 10 -
LA VILLA ESPERANZA DE PUCHUNCAVÍ.....	- 13 -
ACANTILADO	- 17 -
EI CHECHO	- 20 -
VIVENCIAS DE UN TIEMPO IDO	- 22 -

INTRODUCCIÓN

La Ilustre Municipalidad de Puchuncaví tiene el orgullo de presentar ante los ojos de nuestra tan amada comunidad el presente libro “Historias y Vivencias en mi Comuna”, una ventana de bienvenida para impregnarse de algunos de los relatos y experiencias de nuestra fantástica familia puchuncavina. Nos complace saludar, en primer lugar, a quienes han permitido darnos a conocer a sus seres más queridos, sus hitos, anhelos e incluso tristezas en estas bellas localidades. Un agradecimiento sincero para los estimados Ana Cabrera, Mercedes González, Patricio Malschafsky, Anastacio Olmos, María Isabel Rojas y Mónica Vegas; autores de estas páginas.

Este proyecto trata de un Concurso de Relatos Locales, el cual consistía en contarnos una experiencia importante que hubiesen vivenciado en Puchuncaví. Esta podía ser sobre un evento o las memorias de una persona en particular que no quisiesen dejar en el olvido. Es importante destacar que el presente regalo literario recibió el apoyo constante de nuestro alcalde Marcos Morales Ureta, la Universidad Tecnológica Metropolitana (UTEM), de Solo Turismo, y la Red Latinoamericana de Turismo Cultural y Paranormal. Fueron fundamentales para la realización de este concurso. Es esencial destacar, a su vez, la participación del jurado internacional, Matheo Pozo de Ecuador, Marcela Chilo de Perú y Fernando Mena de Puchuncaví. Gracias por su interés en el proyecto. Finalmente, se tiene que reconocer el trabajo de Carlos Manzo y Andrés Sarmiento, coordinadores de “Historias y Vivencias en mi Comuna”. Les estamos agradecidos.

Esta iniciativa se centró en la tercera edad, puesto que, como Municipalidad, nos parece sumamente importante escuchar las voces de esta gran generación. El transcurso del tiempo les ha otorgado una sabiduría y cariño de la que debemos aprender colectivamente.

Asimismo, cabe destacar la importancia de las historias de boca en boca o la memoria de los habitantes de una locación, debido a que evidencian hechos de

gran valor para la comprensión de nuestra idiosincrasia y tradiciones. Debemos tomarnos el tiempo de compartir, aprender e interiorizar los eventos que ha visto Puchuncaví con el correr de los años. No podemos permitir que nuestra historia sea abandonada ni olvidada. Mediante el respeto al pasado podremos guiarnos a un futuro colmado de esplendor y prudencia. El Municipio quiere contribuir a la comunidad y, por ende, este libro se transforma en uno de los primeros pasos para lo que ocurrirá durante estos años de gestión. Las veintidós comunidades que componen a Puchuncaví son una fuente inagotable de tesoros escondidos, por lo que debemos demostrarlo.

AGRADECIMIENTOS

"La identidad de una comuna viene dada siempre de quienes han formado dicho lugar. De ahí la importancia de iniciativas como "Relatos Locales: Historias y Vivencias en mi Comuna", desarrollada por nuestro Municipio, a través de la Unidad de Turismo y Museo, junto a la valiosa colaboración de la Universidad Tecnológica Metropolitana. Esta iniciativa nos permitió preservar nuestra historia, por intermedio de quienes han sido parte de ella.

Agradezco a mis vecinos y vecinas, quienes abrieron su corazón y plasmaron parte de su historia en estos relatos que leerán a continuación. También llamo a la comunidad, de las 22 localidades, a seguir trabajando juntos por nuestro territorio, por nuestra identidad, por nuestra historia".

Marcos Morales Ureta, Alcalde de la Comuna de Puchuncaví

VIVENCIAS DE AYER Y HOY

Autora: Ana Cabrera

Localidad: Maitencillo

Me parece como si hubiese ocurrido ayer cuando, en 1980, tomamos con mi marido la decisión de venirnos a Maitencillo para quedarnos de forma definitiva. Eso significó despedirnos de la ciudad. También alejar a nuestros hijos de sus amigos y su colegio.

En realidad no fue una decisión exenta de dudas y sentimientos encontrados. Sin embargo, debo aclarar que para ningún miembro de la familia se trataba de una localidad desconocida, puesto que para cada verano nos arrancábamos con camas y petacas¹. Para nosotros eran vacaciones inolvidables. Recuerdo claramente cómo nuestros hijos convencían a su papá para invitar a sus amigos, y las chicas a todas sus amigas.

Realmente lo pasábamos increíble. Nosotros, como familia, lo disfrutábamos sin imaginar que todo llegaría a su final, así de repente. Para mi marido, su estadía en Maitencillo era más que nada por salud. No obstante, me alegro de que pudiese divertirse en su estadía. Él disfrutaba muchísimo la pesca e incluso entabló amistad con los pescadores de La Caleta. Ello le valió bastantes tardes entretenidas. Todos eran gente amable y acogedora.

Lamentablemente, la salud de mi marido no mejoraba. En agosto de 1985 se despidió de nosotros para siempre. No tengo las palabras suficientes para describir el dolor que sentimos en aquel momento y que se arrastró hasta la actualidad, con nostalgia infinita por el ser querido que ya no volverá.

Doy gracias a Dios por no perder jamás la fe ni la esperanza de días mejores. Claro que puse todo mi empeño y devoción en mi etapa de aprendizaje para ser la mejor mamá y papá. Asimismo, agradezco la compañía de mi madre,

¹ Cuando alguien viaja con mucho equipaje o se traslada muy preparado.

quien se vino a vivir conmigo para darme fuerzas. Tristemente, después de cuatro años, también nos dejó a todos con un dolor incalculable, en julio de 2015.

Debo decir que cuando mi mamá llegó a la comuna de Puchuncaví se sintió encantada. Transcurrido un tiempo, pidió una reunión familiar para informar que ella se quedaría aquí hasta sus últimos momentos, y así mismo sucedió. Hoy descansa en el cementerio de la comuna junto a mi marido.

Puchuncaví me ha acompañado en mis penas, pero también en mis alegrías. Para el 2010 me integré al grupo del adulto mayor Luz y Esperanza. Años después, a Coro Cantares y al Círculo de lectoras de la Biblioteca Municipal. Estas actividades han sido lo más maravilloso que me pudo pasar. He podido conocer gente solidaria y cariñosa que me acogió.

A estas alturas yo soy puchuncavina de corazón. Bueno, ellos dicen que me adoptaron. De alguna manera he tratado de retribuir todo el cariño e integración que he recibido por parte de esta linda comuna. Ahora estoy contentísima de tener a mis nietos y bisnietos bautizados en la Iglesia del Rosario de esta encantadora comuna.

Esta invitación de la ilustre municipalidad me hizo pensar que debía hacerles saber toda mi gratitud, y participar. Soy muy afortunada, de verdad. Una abuela feliz de tener nuevamente la oportunidad, después de un año y siete meses de pandemia y dolor, de poder disfrutar de lindas actividades y programas que nos ofrece nuestro municipio. Siempre listos y solícitos con el adulto mayor.

PD: Por supuesto durante varios años pasamos tiempos difíciles, muy difíciles. Creo que soy una abuela resiliente.

EL AMIGO JOAQUÍN, UN PERSONAJE DE MAITENCILLO

Autor: Patricio Malschafsky Briones.

Localidad: Maitencillo, Villa El Progreso

Joaquín Altamirano era el nombre de la persona que cuidaba nuestra casa y otras propiedades de veraneo en Maitencillo, localidad desde la cual hemos formado un hogar. Esta morada era originalmente una cabaña para las vacaciones. Debimos ampliarla para hacerla habitable, pues planeábamos vivir de forma definitiva aquí.

Joaquín era un tremendo cuidador. En una época en que Maitencillo era solo un lugar para veranear, eran pocos los que vivían en esta localidad, transformando aún más meritoria la labor de este hombre. Él custodiaba las propiedades de todos.

Nosotros, es decir, mi esposa Liliana y yo, en compañía de mis hijos, a veces llegábamos en forma sorpresiva. Incluso si era de noche, jamás existió un momento en que Joaquín dejara de presentarse. Normalmente venía con su escopeta, la cual, para ciertas ocasiones, solía servirle de bastón después de una ronda de tragos. No era una ocasión extraña, ya que usualmente eran varios más que algunos. Empero, aquello no le quitaba merecimiento de halagos hacia su tremenda preocupación. Se dice que incluso podía identificar quién llegaba únicamente por el ruido del vehículo o de sus pasos al caminar y, por ello, si un sonido no le encajaba con algo conocido, salía de su casa con mayor rapidez.

Recuerdo que en una oportunidad, para un 17 de septiembre, llegamos con mi señora a la casa de Maitencillo alrededor de las 22:00 horas. Cuando estábamos bajando nuestras cosas, llegó Joaquín a saludar, como siempre, con algunos tragos de más. Liliana me pidió que fuera a comprar algunas cosas a La Laguna, en donde existía un negocio que, en aquella época, era el único que permanecía abierto hasta tarde. Fui junto a Joaquín. Cuando veníamos de vuelta,

nos pareció distinguir en la entrada norte de Maitencillo una fonda. Aparentemente había empezado a funcionar desde hace poco. A él le llamó mucho la atención, pidiéndome que pasáramos para echar una miradita. Yo accedí, aunque no de muy buen agrado, debido a que Liliana se encontraba sola en la casa.

Mientras yo estacionaba el auto, Joaquín se adelantó un par de metros hacia la entrada de la fonda, que no era demasiado grande. Más bien era una ramada. En aquel momento, un individuo se aproximó por atrás de mi acompañante y le propinó una enorme cachetada. Cuando yo esperaba una respuesta violenta del Joaco, por ser un hombre de armas a tomar, me di cuenta de que agachó la cabeza y se dirigió hasta el mesón. Cuando lo alcancé, le pregunté:

—¿Qué pasó Joaquín?—.

—Nada... son todos parientes— me respondió.

Al pronunciar estas palabras, como si hubiesen estado escuchando, ellos se acercaron hasta el mesón, mientras él me presentaba y les advertía:

—Cuidado que ando con mi patrón que es jefe de Carabineros—. Lo dijo con mucho orgullo y convicción, atrayendo de inmediato la atención de estas personas.

Como resultado, los parientes de su agresor presentaron entusiasmo al estar compartiendo con un Jefe de Carabineros. Por consiguiente, todos me ofrecían una cuantiosa cantidad de vasos con licor para brindar. Sin embargo, desistí puesto que continuaba pensando en que Liliana me estaba esperando sola en nuestra casa. El que sí aprovechó fue Joaco, quien tomó varios combinados al seco. Algo que solía acostumbrar incluso cuando estaba en ayunas.

Joaquín era un hombre pintoresco y repleto de anécdotas. Una de ellas relata que se subió a un caballo hasta el cuarto piso de la Pajarera, un edificio de madera de la década de los sesenta o setenta en el cual funcionaba un restaurante. Este se destacaba por unas escaleras exteriores bastante empinadas que debían subirse a pie, provocando que todos llegaran hasta arriba con la

lengua afuera. Esa gracia la hizo para cobrarle una antigua deuda a cierto individuo que se desentendía de aquel trato escondiéndose de su vista y que, según contaron, estaba en el restaurante. Al enfrentarlo en esta forma tan espectacular, el deudor no tuvo más opción que pagar de inmediato lo debido. Después de todo, a buen entendedor, pocas palabras.

El Juaco, además, era muy conocido y querido por la zona, pues era miembro de las pocas familias originarias de Maitencillo. Asimismo, era uno de los pocos que arrendaba caballos por este balneario. Mi familia y yo tuvimos la fortuna de vivir casi al frente suyo, pues podíamos verlo pasar por el tropel afuera de nuestra casa hacia altas horas de la noche. Hacía este recorrido cuando se llevaba a sus animales para el pastoreo. Se quedaba a dormir allá y, al día siguiente, regresaba para sus labores diarias.

Para su trabajo de cuidador de la Villa El Progreso, fuera de la temporada de verano, Joaquín era un pillar la bala², porque le sobraba el tiempo para otras miles de pegas. Además de cuidar distintas casas, hacía de gasfiter, pintor y carpintero. En este último oficio era un poco bruto, teniendo demasiado presente el recuerdo de cuando me construyó una terraza que daba hacia el segundo piso de mi casa. Para hacer este pedido, subió a puro ñeque todas las vigas de la terraza que eran unos troncos tratados. Esta es una hazaña que cualquier otro no habría podido realizar sin tener un buen teclé³.

En fin, Joaquín era un buen tipo. Cuando murió en el 2010, produjo una gran pena en el pueblo de Maitencillo y, especialmente, en los vecinos del sector, quienes lo acompañaron en masa durante su misa en la Capilla de La Laguna de Puchuncaví y en su despedida en el Cementerio Comunal. En aquel momento dije unas cuantas palabras para nuestro amigo que se nos iba, compartiendo que “A Joaquín siempre lo vamos a recordar los vecinos de Camino del Acantilado, porque él era parte del paisaje y no concebía a este sector sin su presencia”. Una afirmación verdadera, ya que Maitencillo jamás fue lo mismo. La Villa El Progreso

² Dícese de quien es astuto, rápido.

³Equipo de levantamiento para agilizar la carga de objetos pesados.

se vio desolada del mismo modo que la calle Camino del Acantilado. Nada fue igual sin su presencia.

LA VILLA ESPERANZA DE PUCHUNCAVÍ

Autor: Anastacio del Carmen Olmos Bórquez

Localidad: Las Ventanas, Villa Esperanza

Mi nombre es Anastacio del Carmen Olmos Bórquez, nacido el 3 de mayo de 1937, y llegado a la comuna de Puchuncaví a los ocho años. Mediante este relato les quiero contar la historia de Villa Esperanza, así como mi relación con ella. Inició esta aventura durante mi juventud, cuando venía a regar las siembras de lechugas, papas, cebollas y choclos que se plantaban en este sector. El terreno pertenecía a don Melitón Herrera, padre de don Guillermo Herrera, quien era de la municipalidad.

Este terreno lo conozco desde 1945. Como les contaba, yo era agrícola. Aquí se sembraron un sinnúmero de deliciosos alimentos de la mano de Pascual Gaete, Hugo Zamora, Gilberto Núñez, entre otros conocidos. No se destinó solo al consumo de la comuna, sino que era transportado hasta las Pilastras de Valparaíso. Nuestros porotos, cebollas y choclos arrastraban la fama de nuestra comuna agrícola. Fuimos bendecidos con mucha lluvia, por lo que gozábamos de buena cosecha. Esto ahora se perdió. Todo se trae desde afuera, el consumo no proviene desde nuestra tierra. Hemos tenido que despedirnos de las siembras. Antes los viejos tenían su rincón o sus potreros, pero con el transcurso de los años fueron vendiendo las propiedades y las tierras fueron urbanizadas. Eso era lo que ocurría, para que se hagan una idea.

Quiero destacar que no he vivido aquí desde el principio, pues primero estuve por allá arriba, frente a donde está ahora el agua potable. Sin embargo, cuando me pilló el terremoto de 1970, debí cambiarme de terreno, llegando al sitio en que está actualmente la señora Florinda. Por ahí por 1971, si mal no recuerdo, comenzó la construcción de la población.

A los jóvenes nos nació la idea de juntarnos para iniciar con el proyecto de la construcción de las casas. Fue Matías Cisternas, junto a Francisco Torres, quienes me hablaron a mí, diciéndome que podríamos hacer una cuota. Para aquellos años se pidieron 300 escudos. Desde principios de 1967, si no me equivoco, juntamos el dinero de a poco. Panchito Torres era el tesorero, Matías Cisternas el secretario, y el presidente fue Guillermo Cisternas, que en paz descansa. La plata se descontaba por dentro en Enami⁴ y allá mismo se retiraba, porque ahí trabajábamos. Fuimos en el comienzo cuarenta personas con el sueño de recolectar el monto necesario para comprar este terreno y, afortunadamente, lo logramos después de mucho esfuerzo. Este fue comprado a la Finada⁵ Silvia Herrera, quien era la heredera por parte de su padre don Melitón Herrera.

Una anécdota respecto a esta compra es que, cuando nos reunimos, este no fue el terreno que teníamos en mente. Primero nos fijamos en el sitio en que está el Colegio de Puchuncaví, antiguamente la Comunidad Múnich. Esta idea no prosperó por el plan laboral de un alcalde. Él tenía dispuesto desde el estero hacia lo que es el centro de Puchuncaví, la idea de construir un establecimiento educativo. Resulta que la comunidad Múnich donó su terreno para esta causa. Al menos eso fue lo que nos comentó el alemán que administraba el fundo. Como este primer intento no nos resultó, averiguamos por aquí y por allá, llegando hasta el terreno de Silvia Herrera.

Nos demoramos cuatro años en comprarlo y, tal como les contaba, fue para 1971 que inició el proceso de construcción de casas. Yo viví al otro lado del camino, en la ruta F-30 E. Sin embargo, cuando vino la tragedia natural de 1970, presencié la pérdida de mi hogar. Por este motivo, me debí instalar cerca del compadre Pino, el Finao Cesar Torres, José Riveros e Israel Salinas. Sus casas fueron planificadas en el diseño de la villa, levantándose las cuatro. Después del remezón de la tierra, mi nueva casa fue ubicada en medio de ellos. Quedé justo donde iban a hacer la piscina. Empero, esto nunca ocurrió. Era una buena idea

⁴La Empresa Nacional de Minería.

⁵Persona fallecida.

para la época, pero gracias a Dios pude instalar una media agua, un poco terremoteado aún. Permanecí durante seis años allí, naciendo mis hijos Fernando, Erik y la Pirina.

Continuando con el proceso de la formación de nuestra villa, recuerdo que la empresa Enami, donde trabajábamos, encontró una firma para iniciar con este largo proceso de construcción. Fue en el periodo del Finado Salvador Allende. Al principio recibimos mucha gente interesada en ser parte de la población, pero como se atrasó la construcción, varios fueron retirándose. Su dinero, por su puesto, fue devuelto en cuanto decidían irse. No quedó ninguna deuda con ellos. Producto de esta situación, nosotros mismos fuimos buscando gente que quisiese participar. Iván Pacheco y mi hermano Santiago estuvieron dentro de los interesados. Así fue como quedamos en un grupo de veinticinco personas en el término de la construcción.

Este fue un proyecto que demoró aproximadamente cuatro años. Haciendo memoria, entregaron todas las casas en 1974. Se formó un proceso para asignarlas a cada familia. Después de comprar el terreno, nosotros fuimos hasta la Ligua para consultar sobre los permisos necesarios para la instalación de la luz. Yo no formaba parte de la directiva, pero siempre andaba con ellos para apoyar en lo que pudiese. También fuimos con la señora Erika, quien nos ayudó con la instalación de un piloto de agua potable para la gente que ya estaba con sus casas de emergencia. Fueron bastantes los trámites, ya que incluso vino nuestra empresa para un levantamiento topográfico de esquina a esquina. Si no me equivoco, fueron 16.440 metros, desde el estero hacia el lado donde estaban los alambrados y las paredes de adobe. Esto fue hecho por don Ángel Durán, un arquitecto de Enami y el responsable de muchas otras diligencias. Él era un viejito chico que siempre venía para acá.

Una vez terminado con todos los trámites, tuvimos que ponernos de acuerdo sobre cómo serían repartidas las casas. Finalmente, ganó la idea de un sorteo, por lo que se citó a la gente para que todos participen. O bueno, no todos. Para contarles como anécdota, el único poblador que no fue a dicho evento fui yo.

En aquel día mi señora venía llegando con uno de mis hijos recién nacido, así que me tocó la casa en la que estoy viviendo actualmente. Esta fue la morada piloto de la población pero estoy contento de lo que me fue asignado.

Me recuerdo que, dentro de todas las cosas que fuimos pasando, tuvimos que ceder para que se construyera el puente y un camino. Estos cortaban el terreno y, por este motivo, nos vendieron estas tierras a un precio barato. Cuarenta lucas... cuatro billetes de diez. Luché bastante para que las casas fuesen construidas con ladrillos, panderetas y rejas de fierro. El costo de la casa se elevaría, pero como la empresa nos apoyaba, había que aprovechar esta oportunidad. Nos íbamos a tardar años en pagarla y no importaba. Fuimos la primera población en tener alcantarillado particular (recuerdo caerme varias veces limpiando la fosa). Nosotros anhelábamos que nuestra población representara lo más bonito que había en Puchuncaví. Es por ello por lo que, cuando vino la empresa junto a la directiva, me involucré de lleno. Puede que mi voz no corriera mucho allí, pero me esmeré. Quería que los sitios fueran grandes.

He aquí otra anécdota. Me dijeron que estos terrenos eran para vivir, no para criar vacas. Yo por aquel tiempo tenía gallinas, cabras y una vaca partía, de nombre 'La Consentida'. Era mi regalona, pero tuve que sacarla en cuanto las personas se instalaron en sus casas. He vivido más de cuarenta años aquí, en la Villa Esperanza. Nunca he tenido problemas con nadie. Todos éramos trabajadores de Enami. Aquí compartimos la idea de la casa propia, aquí nacieron mis hijos y aquí formé a mi tan amada familia.

ACANTILADO

Autora: María Isabel Rojas Brunel

Localidad: Las Ventanas

Me levanté temprano, como siempre, y tomé desayuno en la misma soledad de los últimos años. Salí de mi casa, saludé a mis vecinos. Últimamente me da igual hacia donde me dirijo. “Hay que caminar todos los días”, aconsejó mi doctor, y debo creer que mis huesos se atrofiarán si no estiro mis piernas. Entonces le obedezco.

Camino por la plaza y no veo rostros conocidos. Han llegado muchas familias nuevas a vivir en esta comuna. Los viejos del pueblo, o están muertos, o están encerrados en sus casas. Con esto en mente, bajo a la playa por la eterna escalera que une Ventana bajo de Ventana alto, y hundo mis pies en la arena. A un costado están las chimeneas, con su contaminación camuflada de progreso, el carbón en la arena, y el petróleo en el agua. Nada nuevo, lo mismo de siempre.

Me detengo en los restos de un barco que alguna vez varó sobre otro antiguo naufragio. Quedaron bastantes fierros amontonados, pareciéndome mudos testigos de lo que ocurrió y que, supongo, seguirá ahí. Continúo la caminata. Siento que mis piernas pesan toneladas, pero no me detengo. Mi cabeza no deja los pensamientos que me aturden, insistiendo en buscar explicaciones que ya no encontré. Seguimos en pandemia, es una de ellas. Nuestras vidas no son ni serán lo mismo, porque nos quedaron marcas, duelos.

Los jóvenes envejecieron por dentro, mientras que los viejos nos hicimos más viejos. Quedamos sin entender nada, en un desorden que no se puede ordenar. De nada importa el toque de queda o las mascarillas. Los niños no saben cuidarse. Son espíritus libres. Juegan a orillas de la playa, con un futuro tan incierto, que produce temor.

Sigo caminando sola. A veces me gusta imaginarme viviendo en otra época, hablando otro idioma y recopilando experiencias de otra vida. He vivido mucho, pero miro atrás y creo que sí, pude haberlo hecho mejor. Pero ya no fue, ya pasó. Vuelvo a este día, a esta playa, mientras voy en dirección a la caleta. Nadie se percata de mi presencia. Los pescadores en sus faenas venden sus productos, otro bote sale del agua, y yo cruzo por el costado como un fantasma. Mis pasos me detienen en la gruta de La Virgen, así que me siento en la banquetta junto a la reja. Admiro a las velas que se mantienen prendidas pese al viento.

La mañana ha transcurrido más rápido de lo que pude notar. Mis ojos pesan, pero no quiero llorar. Estoy cansada de lo mismo. Con el tiempo he aprendido a disimular mis emociones, a escuchar más, y hablar menos. Dejé de cuestionármelo todo hace mucho. Ahora, en la soledad, vivo el hoy. Y no quiero decir que soy una amargada... simplemente ¿a quién le importa lo que yo piense? Cada uno arrastra una vida a cuestas. Esta debería disfrutarse, pero de repente bien difícil que es todo. La única verdad es que todos envejecemos y nos quedamos solos. Por más que se diga que otros dependen de nosotros, llega un momento en que no hallamos a nadie y la casa, aunque sea pequeña, se hace grande. Todos los días parecen calcos del anterior.

Estoy llegando a La Ventana, la roca en forma de arco que le pone su nombre al pueblo. Nunca me había dado cuenta de que, desde este lugar, puedo mirar a mi casa, a la iglesia, y al pueblo entero. Es lindo a pesar de todo. A veces lo bello pasa frente a nuestros ojos sin que lo notemos, porque la vida tan apurada no nos permite detenernos a admirarla. Pienso y pienso mientras subo el cerro por las rocas. Desde esta altura distingo hacia donde está El Tebo. Este horizonte me recuerda al tiempo en que, desde otras tierras, llegué a esta comuna. No conocía a nadie, así que solía refugiarme en esta bella naturaleza con la tierra enfrentándose al viento y el mar.

Tenía veintitrés años. Confundiendo al amor con la protección de un hombre, llegué a estas costas. Sin embargo, no me arrepiento ni tampoco señalo culpables. Han transcurrido más de cuarenta años. Cuando la pena me invadía

venía al cerro. Al borde del acantilado lloraba porque todo era incertidumbre. Pese a ser joven, me sentía sola y perdida. Quizás era una exageración mía. Rememorándolo con aquella madurez otorgada por la experiencia, puedo decir que hubo momentos tanto malos como buenos.

Respiro hondamente. La pesadez de mis ojos retorna... tal vez nunca se fue. Mis recuerdos se interrumpen por el vuelo de una gaviota que roza mi pelo. La veo dirigirse hasta un pequeño agujero en la pared del acantilado, donde ha improvisado su nido. Llega para alimentar a sus polluelos. Me quedo con esta imagen y aparecen en mi mente mis hijos corriendo por el verde bosque de eucaliptus a mis espaldas, con sus pequeñas manitos recogiendo flores silvestres para mí. Veían mi tristeza y yo, incapaz de reaccionar, caía de rodillas. Entonces avanzaban en mi dirección con sus ramitos de flores y rodeaban mi cuello con sus brazos, apretándome firme como queriendo decirme “no te rindas, mamita, no te rindas”. Mi vida entera fue para ellos hasta que se fueron.

Sigo acá parada en este borde que separa lo que soy y lo que pude haber sido aquella vez cuando mis hijos eran pequeños y yo no podía con la pena. Sigo con mis pies anclados a esta piedra en la altura, sin que mis músculos reaccionen. Los años y la distancia me quitaron la voluntad. Tengo cansada cada parte de mi cuerpo. Entonces respiro y, cerrando los ojos, siento que naufrago. Meciéndome entre las olas, un sueño de paz. Avanzo y al fin, el mar en mí.

EL CHECHO

Autora: Mercedes Agustina González Romo

Localidad: La Greda

El Checho es mi hermano del medio. Se llamaba José Atilio, pero, por alguna razón que desconozco, le decían Checho. De niño era un alma libre que amaba subir y bajar los cerros, recorrer los sembradíos y cantar o silbar en medio de los trigales. Siempre andaba rodeado de un grupo de perros que lo seguían a todas direcciones, pues conocía cada una de las casas de La Greda. Compartía con todo el mundo. No existe un solo día en que aún no ame su alegría y despreocupación características.

Lo recuerdo de mediana altura, con un brillante cabello liso y ojos vivaces que parecían reír, achinándoseles. El transcurso de los años no me ha hecho olvidar sus palabras ni valores de vida. Sus amigos eran lo más importante para él. Últimamente, mientras vuelvo al bello pasado, resuenan con mayor fuerza sus palabras. Es como si las escuchara directamente.

—Tener amigos es mejor que tener plata. Los amigos están contigo porque te quieren, no por la plata que tengas— me solía decir. Me es imposible no volver a mi infancia. Éramos cuatro hermanos, dos mujeres y dos hombres. El menor siempre andaba pegado al Checho. Yo creo que era su referente.

La Greda de antaño era un lugar precioso, en donde los campesinos labraban la tierra y esta, a cambio, nos entregaba con gran generosidad su cosecha. Mi padre, Atilio González, era uno de estos hombres. Él nos legó nuestro amor y respeto hacia la naturaleza, así como el interés por la cultura y las artes. Mi madre, Ana Romo, fue la responsable de inculcarnos la alegría, la ternura, el canto y el amor al trabajo.

El Checho cabalgaba por el Tango desde muy pequeño. Junto a nuestro papá realizaba labores de la tierra. En la década de los sesenta era otro el mundo,

porque los niños andaban con seguridad por cada rincón. Íbamos al estero, a las dunas, la playa, al ‘raspa culo’ y un sinfín de paisajes y diversiones. Sin embargo, nosotros no salíamos sin la compañía de un adulto. Es gracioso, porque el Checho, pese a ser cuatro años menor que yo, nos protegía a mi hermana y a mí en la adolescencia. Si salíamos a la disco, le decía a los jóvenes que tuvieran cuidado, porque éramos sus hermanas. Desde entonces, pasé a ser conocida como “La hermana del Checho”.

Son muchas las anécdotas que viví con mi hermano. Empero, quiero relatar una historia que me hizo mucho sentido con el correr del tiempo. El Checho postuló a la Escuela Industrial de Viña del Mar, quedando seleccionado y asistiendo de modo regular. Nosotras con mi hermana viajábamos a la Universidad de Chile, en la sede Playa Ancha. Recuerdo que, al terminar el semestre, fui a retirar su libreta de notas y me enteré de que tenía varias asignaturas con promedio rojo. Su profesor me dijo que con tales notas seguramente repetiría el año, así que me sugirió que se retirara para evitar aparecer como repitente. Él resaltaba que mi hermano tenía la capacidad e inteligencia para cursar bien, pero que la excesiva inasistencia lo perjudicaba. Esta falta me sorprendió muchísimo.

De regreso a la casa, preguntándole inmediatamente el por qué no iba a las clases, me respondió picaronamente:

—¡Shi, como *querí* que vaya a clases si Valparaíso es tan relindo!

Su boca desbordaba sonrisas y, sin esperar otro comentario, me contaba de sus recorridos por los cerros, mirando desde lo alto hacia el mar. No obstante, pronto afirmó que no podría ir más, porque se pondría a trabajar, y tendría que aguantarse hasta el próximo año. El destino, lamentablemente, quiso que tempranamente volara hasta el cielo, dejándonos una gran herida que poco a poco intenta sanar por medio de los hermosos recuerdos que nos entregó.

VIVENCIAS DE UN TIEMPO IDO

Autora: Mónica Vegas

Localidad: Campiche

En los años cuarenta era una pequeña que corría enérgicamente y, sin pizca alguna de temor, por Campiche. Querido pueblito, que sabía mío.

Soy hija de agricultores, actividad propia de toda la comuna. Puedo asegurar que mi infancia fue dichosa. Mi padre, dueño de tierras hermosas, pasaba sus días sobre su alazán reparando el estado de los cercos y, por sobre todo, preocupándose de sus trabajadores. Recuerdo que ellos desempeñaban sus actividades con gran amor por la tierra.

Durante las mañanas solo existían alegrías. La gente preparaba cantando los animales y los diferentes aperos de labranza para irse al campo a trabajar. Durante cada año arribaban dos grupos de trabajadores, quienes venían desde Catapilco y Cabildo. Siempre con sus lingueras⁶ al hombro.

Todos eran personas buenas, trabajadoras y respetuosas. En nuestro pueblo les llamaban ' los forasteros'. Era costumbre invitarlos a la hora de comer. Nadie era egoísta, existiendo abundancia de alimentos y de alma. Mi padre decía: "gracias al trabajo de sus manos, nosotros tenemos también nuestro pan de cada día".

Quedaron impregnados en mi retina aquellos campos floridos de arvejales, y el ondular de los trigales salpicados de amapolas. ¿Cómo fue que desapareció eso tan hermoso, tan inolvidable, para quienes vivimos esa época? Bueno, las empresas ayudaron a este proceso.

Mantengo en mi memoria, como punto de partida para el cambio de mi amado Campiche, las pruebas nucleares que realizó Francia en el Atolón de

⁶Equipaje liviano que llevan consigo las personas que deambulan de un lado a otro.

Muroroa⁷. Esto provocó que grandes sembrados de lentejas que había en los médanos se secaran. Las pérdidas fueron cuantiosas, provocando que una gran depresión se instalara en el corazón de los trabajadores del campo.

Hubo años de estrecheces. Sin embargo, cual Ave Fénix, el alma del pueblo resurgió gracias a la educación. Los hijos de los hijos, de los trabajadores de antaño, actualmente son grandes profesionales. Muchos son médicos, dentistas, científicos, ingenieros, contadores; grandes técnicos y personas calificadas para toda clase de oficios.

La gente local sigue siendo gente buena, con ese sello característico de cada localidad. Diversos rostros nuevos están avecindándose en Campiche. Manifiestan ser felices aquí. Después de todo, esta es una localidad hermosa y bastante calma. A este pedacito de cielo, según observo, solo le falta mayor integración.

⁷En 1966 Francia llevó a cabo ensayos nucleares en los atolones de Mururoa y Fangataufa, de la Polinesia francesa a 1.640 millas náuticas de Isla de Pascua y 3.600 mn de Chile continental. Producto de estos ensayos, se inició en Chile el Programa Nacional de Vigilancia de la Radiactividad Ambiental, a cargo del Ministerio de Salud, y traspasado a la Comisión Chilena de Energía Nuclear en 1975, para medir los contaminantes radiactivos del aire, mar, tierra y alimentos, y evaluar el potencial riesgo inmediato y del largo plazo, extendido a cualquier actividad nuclear" (Vergara 368).

